

rables en el fundente crisol de la existencia; los únicos eternos en el reducido campo de la vida; como para sorprender ahí su primer pensamiento, y descubrir, hasta en los juegos infantiles, el germen del talento con que principiaron la carrera que debía dar lustre á su nombre, ya flotante en el crepúsculo de la celebridad; he aquí por qué su memoria sobrevive á su época.

En la noche del 16 de Noviembre de 1716, se encontró en el pórtico de la iglesia de Saint-Jean-le-Rondsí, situado en el ángulo septentrional de Notre Dame y destruido después en tiempo de la revolución un niño recién nacido, débil, raquítico, y fué entregado según las prevenciones al comisario de cuartel; pero sea que este hombre hubiese sido avisado por los padres del niño, sea que hubiese tenido piedad de esa pobre y frágil criatura, lo cierto es que la acogió con un acto de humanidad, que propiamente hablando, no le imponían los deberes de su magistratura.

Cuando en el vertiginoso volar de las edades se trepieza con el inmoderado é inflexible ceño de las preocupaciones, basta recordar las memorables palabras de Caricat en su elogio á D'Alembert:

«Si un origen tan obscuro envilecía al pronóstico, no hay que perder de vista que los antecesores natos de un hombre de genio, son los maestros que lo han precedido, y los verdaderos pósteros, los discípulos dignos de él.

Confió el niño, á la mujer de un vidriero llamado Rossseau, que habitaba en la calle de Michel-